

NOTAS SOBRE UN BENET HIDRAÚLICO

CARLOS SERRANO

Universidad Paris-Sorbonne (Paris IV)

El es quien lo dice: antes de ser escritor, Juan Benet es ingeniero – *caminos, canales y puertos*, algo entre les *Ponts* y los *Travaux publics* franceses, me imagino–, y antes de construir relatos, edificó presas, en una región, el noroeste, tan parecida a Región por tantos conceptos y donde se impuso recientemente, no sin polémicas por cierto, su nombre a una de ellas. Constructor por oficio y narrador por convicción, la crítica lo ha subrayado, en sus ficciones impera toda una retórica de la profesión, algo así como un imaginario geológico que inscribe las huellas oscuras de la historia y los meandros de la escritura en los recovecos de los mármoles irreales que componen esa topología fantástica. El mito se hace aquí estrato; la memoria, basalto, granito, caliza o esquistos. Paradójicamente, todo ocurre como si la elaboración de este espacio irreal que definitivamente se llama Región, para su propio irrealismo requiesiese anclarse en una especie de hiperrealismo geomorfológico que Benet extrae de sus conocimientos técnicos: la opacidad de un pasado incierto se mide por el rasero de la ilusoria precisión de un léxico de la tectónica. Este es, sin duda, uno de los resortes del estilo benetiano: la precisión, meticulosa, sobrecargada hasta parecer hipertrofiada, casi maniática, no es sino el instrumento de *puesta en crisis* de esa realidad que parece contenida en el inventario que la describe en el instante en que, a la par, la destruye. Ya se sabe: *la gente de Región ha optado por olvidar su propia historia* ; pero esa amnesia que transforma el pasado en una enigma de la que tan sólo sobreviven desdibujadas siluetas y el presente en un escenario poblado de fantasmas difuminados, se inscribe en un paisaje que, muy por lo contrario, está rigurosamente definido: el desierto de Región *está constituido por un escudo primario de 1400 metros de altitud media*,

adosado por el norte a los terrenos más jóvenes de la cordillera, que, con forma de vientre de violín, originan el nacimiento y la divisoria de los ríos Torce y Formigoso. Segado al oeste por los contrafuertes dinantienses da lugar a esas depresiones monstruosas en cuyos fondos canta el Torce [...]; en la frontera meridional que mira al este el altiplano se resuelve en una serie de pliegues irregulares de enrevesada topografía que transforman toda la cabecera en un laberinto de pequeñas cuencas y que sólo a la altura de Ferrellán se resuelven en un valle primario de corte tradicional, el Formigoso (*Volverás a Región*, Barcelona, Destino, 1981, p.8) Cruzar por ese desierto es desalentador y la ciudad recóndita hacia la que puede dirigirse el viajero está como presa en la aridez inhóspita de esa naturaleza: una llanura sin encanto, una meseta pobre y seca cortada al norte por el farellón calizo donde anidan unas águilas pequeñas como vencejos— que sólo pueden coronarse con la cuerda; y por el este un desierto de ardiente yeso salpicado de rocas basálticas, descompuestas y afiladas, que al parecer la Sierra ha ido soltando con desgana (*ibid.*, p. 9). Una historia como interrumpida, una ciudad de los confines y que, en *El aire de un crimen*, cobra la forma arquitectónica de la ciudadela (*aquella perdida, romántica, semiarruinada y altiva fortaleza*, Barcelona, Planeta, 1981, p. 10), el rumor inacabable de una guerra lejana de la que no se sabe si fue o si debe ser: algo hay, ha escrito alguien, creo que Félix de Azúa, del *Rivage des Syrtes* o del *Desierto de los Tártaros* en estos desiertos de Región. En todo caso, Ricardo Gullón acierta cuando afirma que en las primeras páginas de *Volverás a Región*, se trata, otra vez, de inventar tierra y ciudad. Ciudad, si ya no aldea, perdida, pero perdida en la geografía descubierta o inventada en un espacio novelesco que el narrador describe con la precisión de un geógrafo: límites, valles y cordilleras, ríos sinuosos y zonas desérticas: todo presentado con tal minuciosidad que el lector se precipita al mapa para buscar en él la ciudad y sus alrededores: Región, Bocentellas, El Salvador, Burgo Mediano, Puente de Doña Cautiva, El Quintán, los ríos Torce y Formigoso... (“Una región laberíntica que bien pudiera llamarse España”, *Ínsula*, nº319). Legítima devolución: al parecer, estas palabras del gran crítico acabaron inspirando al propio autor y *Herrumbrosas lanzas* apareció con, intercalado, el riguroso mapa de Estado Mayor, cota tras cota, del campo de batalla imaginario de la guerra que, en medio del abandono de todos y en la mayor soledad, hace años, sin que se sepa bien por qué ni para qué ni en qué condiciones, asoló las tierras de Región (Madrid, Alfaguara, 1983, I, 206)...

Espacio mítico y vocabulario técnico hacen, pues, buen maridaje. La fantasmagoría del primero se nutre de las apaciguadoras certidumbres del segundo en un juego continuo en el que los mecanismos de la precisión tienen por objeto final la imposición de una borrosa atmósfera en que se disuelve todo conocimiento. Este ir y venir entre ilusión y realidad tiene por supuesto antecedentes en España y por lo menos un origen, en Cervantes. ¿Quijote? ¿Quijano? ¿Quijada?: ya se sabe cómo el autor de *Don Quijote* asienta la verosimilitud de su relato en la duda sobre sus componentes y cómo la incertidumbre del detalle se convierte en un instrumento de convalidación del conjunto, viniendo a cobrar entonces la fingida vacilación de un narrador todopoderoso los visos de la reticente probidad de un cronista sometido al imperio del acontecimiento. Cervantes no se pronuncia y por tanto no se acaba de saber si Don Quijote se llamaba Don Quijote y esta duda refuerza la verdad, ya que no la veracidad, de la novela. Benet aprendió la lección y, desparramados en sus textos, se perciben sus ecos. *Un tal Ramón Huesca, o Ramón Fernández Huesca*: la conjunción (“o”), probablemente adversativa pero que también pudiera ser completiva, por la duda que introduce, la probabilidad de una variante, corrobora el halo de niebla que de entrada (*un tal...*) rodea a la figura del nuevo propietario de San Quintín. Pero este sistema de la duda, a la inversa, permite la autenticación de la voz que lo emite: si la identidad exacta del recién llegado se formula de manera dubitativa, es que es insegura para aquél que la enuncia, que se instaura a sí mismo como pauta única de todas las verdades: *un nombre nuevo para mí*, léese a modo de explicación, y la identidad de este “yo” escapa a la duda, surge como legítima, aparece tan certera como una evidencia (“Baalbec, una mancha”, p.108): el narrador se ve así confirmado en la legitimidad de una verosimilitud momentáneamente fuera de discusión. Sería inacabable el recuento de las formas, incisos, modismos, adverbios y conjunciones que, aunados, apuntan hacia la meta única de una constante disolución en la neblina de la duda de los elementos fundacionales del relato: *quizás, tal vez, acaso...* A lo mejor haya que ver en ello el efecto lejano de ese estilo de Pío Baroja, de quien Benet cuenta que era tan opuesto a las afirmaciones rotundas que utilizaba, dice, el *así como* en todo momento: *hoy tengo así como un dolor de espalda* (Juan Benet, “Barojiana”, *Barojiana*, Madrid, Taurus, 1972, p.14).

En la tradición cervantina, la vacilación es un medio de asentar el estatuto de una narración que, aquí, requiere tanta más verosimilitud que recorre la oscura senda del laberinto. Pero Benet opera sin embargo las

más veces al contrario de este sistema, por la simétrica inversa podría decirse. Ya no es la incertidumbre garantía de veracidad, sino, al revés, la certeza del término adecuado y el rigor de una denominación apropiada los que fundan el relato en su irrealidad. Es conocido el uso que los surrealistas hacían de la meticulosa y casi verista pintura de cada objeto que figuraba en sus lienzos, de tal forma que la yuxtaposición extravagante de imágenes, fieles hasta el exceso en su identidad propia pero singulares en la coexistencia forzada e imprevisible con los demás que imponía el cuadro, era lo que creaba el sentimiento de extrañeza y la tensión deseados. Benet por supuesto no es surrealista; pero procede a su modo cuando recurre al verismo lingüístico del vocabulario del ingeniero para asentar mejor su universo de ficción. Toda esa geología, todo ese aparato científico-técnico, todas esas extremadas precisiones geográficas, no tienen otra finalidad que la de crear lo inverosímil o, por lo menos, de facilitar el acceso al misterio: cae entonces del lado de Borges y de sus descabelladas bibliografías que hacen que nazca el vértigo de la Biblioteca de la misma precisión de las fichas del bibliotecario y el espejo sin fondo de Pierre Ménard de la enumeración erudita del imposible catálogo de sus obras completas. Hay, pues, aquí, un uso como invertido o, por decirlo en un vocabulario de moda, subvertido, de la vieja herramienta naturalista, una de cuyas preocupaciones era precisamente esta misma precisión científica del lenguaje y la minuciosidad descriptiva que a su vez requería largas preparaciones documentales, encuestas preliminares, el conocimiento perfecto de la realidad que luego pasaría a convertirse en “tema” de la obra: basta con ver los apuntes de Zola. Pues bien: no hay nada que Benet rechace con mayor fuerza que ese legado, todo el naturalismo y sus descendencias. Galdós le es odioso, Zola no le merece mayor consideración como tampoco ninguno de todos los que han buscado asentar en algún fundamento “científico” sus denuncias literarias encaminadas a quién sabe qué agitaciones políticas; en suma, todo aquello que la historia literaria ha denominado el *realismo social*. De hecho, toda literatura que busca una finalidad externa a sí misma es lo que Benet tira por la borda: enarbolando la bandera de la *literatura literaria*, en contra de una *literatura sociológica*, es, en conjunto, la casi totalidad de cierta tradición de realismo lo que así queda desbancado en un proceso del que sólo parece salvarse, y a duras penas, Baroja (“Sobre Galdós”, *Juan Benet* ed. K. Vernon, Madrid, Taurus). La literatura no es pues, ni debe ser nunca, ese inventario que, bajo una perniciosa influencia francesa, Galdós y sus discípulos quisieron establecer: *se propuso una especie de levantamiento catastral de la sociedad de su tiempo y entendió la novela como el topógrafo puede entender un*

plano parcelario (“Sobre Galdós”), afirma, ácido, Benet con notable injusticia pero que revela que, hasta en la polémica, acude al vocabulario técnico. Pero: ¿nunca ha incurrido él, y con abundancia, en idéntica precisión catastral y no ha acudido a ese mismo plano parcelario para establecer mejor lo que sólo puede definirse bien por un oximorón: la verosimilitud de lo inverosímil. ¿A que viene, pues, y de dónde nace, esa furia antirrealista? ¿Cómo explicar entonces esa meticulosidad paraturalista del léxico, la morosa descripción de una naturaleza que resulta a la postre más real que la realidad? Tras la vehemencia, una deuda: no es inútil observar en la obra de Benet el uso, transgresor si se quiere, de esa misma tradición realista, acaso más cervantina que galdosiana aunque Galdós se quisiera hijo dilecto de Cervantes. La solapa del libro lo declara bien a las claras cuando de *Herrumbrosas lanzas* dice: *nada más lejos de uno de los Episodios nacionales...* La denegación, que, como es sabido, es una de las formas por las que resurgen al discurso los más soterrados secretos, obra aquí como el reconocimiento de un inconfesable origen e indica una paradójica filiación. Pero esta deuda con lo que, globalmente y sin afán de excesiva precisión, bien puede llamarse el realismo, acaso se identifique con mayor claridad a la luz de algún texto sin duda menos conocido del propio autor.

Novelista por vocación, ingeniero por profesión: son muchos los puentes, al parecer, en la vida de Benet, que ha publicado un volumen sobre la *Ingeniería en la época romántica. Las obras públicas en España, 1860* (Madrid, Ministerio de Obras públicas, 1983), cuyo título lo sitúa en la prolongación del clásico de Pablo de Alzola sobre la historia de las obras públicas en España a la que cita de paso, en esa consistente “Breve noticia sobre los ríos de España” que sirve de prólogo al volumen *El agua en España* (fotografías de Andreu Masagué, Barcelone-Madrid, Lunweg ed., 1986, p.27) y de que es autor, así como de algún que otro artículo de misma índole. Juan Benet, novelista e ingeniero, manifiesta en todo ello ser lector atento del Joaquín Costa de la *política hidráulica* – y, más discretamente, acaso incluso de Macías Picavea, el autor de *El problema nacional* y sus no pocas angustias hidrográficas y de una novela neogaldosiana temáticamente localizada en la Tierra de Campos, no muy lejos, pues, de las supuestas regiones de Región–, y de este modo continuador de cierto espíritu regeneracionista que le lleva a preconizar precisamente una política hidráulica renovada: *Contra cierto sentir que estima que en materia de política hidráulica está todo hecho en nuestro país y que la “era de los embalses” pertenece al pasado, me atrevo a*

afirmar que lo que queda por delante, pongamos en el próximo siglo, es tanto o más que lo que se ha hecho, concluye Benet en un estudio en el que no deja de subrayar, como sus antecesores de hace casi un siglo, la extremada disparidad del reparto de las aguas a lo largo y lo ancho de la Península, oponiendo los 80 000 hectómetros cúbicos que desaguan en el Atlántico a los 30 000 que van a parar al Mediterráneo. El ingeniero esboza entonces a grandes trazos la política que queda por hacer: *Limitándome por el momento a la solución técnico-geográfica, creo que la política hidráulica futura se puede dividir en las siguientes etapas que ni mucho menos establecen un orden cronológico: en primer lugar, la etapa de las cuencas o de los embalses (que es la actual) en la que se procederá al aprovechamiento máximo de cada cuenca; en segundo, la etapa de las intercuenas o de los trasvases longitudinales entre cuencas vecinas y de la misma dirección; y en tercer momento, la etapa de los trasvases latitudinales no ya entre cuencas sino entre conexiones de cuencas* (“Política hidráulica”, *Agricultura y sociedad*, nº32, julio-sept. 1984).

¿Meramente consideraciones técnicas de un puro técnico? En todo caso, estas observaciones hidrográficas –y más generalmente, geográficas– distan mucho de ser insignificantes. En primer lugar, más allá de su declarado objetivo reformador, manifiestan una dexteridad, y yo diría que hasta cierta fruición, en el manejo del lenguaje que de ellas se deriva. *El papel al que las fuerzas orogénicas someten a la Península será múltiple: por un lado constituye la rótula entre los continentes europeo, africano y americano, el punto donde confluyen los paroxismos que sacuden a tales masas; por otro, la acumulación en su zócalo de terrenos precámbricos la transforman en una suerte de pivote en torno a la cual se produce el periódico basculamiento –en forma de transgresiones y regresiones del océano– de las masas de tierra y agua siempre en busca de un nuevo equilibrio*, escribe Benet en una especie de visión medio cósmica de estos procesos paroxísticos que modelan los continentes y de los que acaban sobresaliendo los diversos terrenos, *precámbricos, [...] paleozoicos alterados [...] mesozoicos alterados [...] pisos cuaternarios no deformados o escasamente alterados*, que componen el suelo de la Península (“Breve noticia...”, p.11): la morfología peninsular, así presentada por el ingeniero de caminos, canales y puertos Juan Benet, casi podría ser el fragmento de un panorama de las altas tierras de Región descritas por el novelista Juan Benet. Es más, la realidad física del territorio peninsular, enjuiciado por el prisma tecnicista del experto, desemboca en estas consideraciones: *el rasgo más acusado de la Península es la existencia, casi*

sin solución de continuidad desde la orogenia alpina, de una cadena montañosa costera que forma un extenso perímetro que encierra un amplio y alto recinto resguardado del océano. A diferencia de Europa, cuyas formaciones montañosas se sitúan en el corazón continental y cuya plataforma se extiende suavemente desde los piemontes hasta la línea del litoral, la Península toma a partir del período secundario la forma de un promontorio, un baluarte o una estacada, con un vacío central sometido a las invasiones marinas al compás del basculamiento continental en busca en cada momento de la nueva isostasis (“Breve noticia...”, p. 11). *Baluarte, estacada, invasiones*, un poco más adelante, *bastión* : en conjunto, el macizo ibérico se define aquí por un vocabulario bélico y viene a ser como un espacio replegado en el recinto de sus cordilleras costeras, tal un guerrero que quisiera prevenirse contra los asaltos del océano; o, dicho en otros términos: como el desierto de Región se encierra entre las broncas sierras y farellones que, camino a Mantua, bordan el Torce y el Formigoso. No por nada escribió Gullón que aquella laberíntica región bien pudiera llamarse España: la novela resulta ser al cabo como la vertiente mítica de la percepción física que tiene Benet de España; o, a la inversa, ésta última podría venir a ser como la inscripción en la piedra maciza del finisterre europeo de la imaginada geografía del ensueño.

Creo que no hay real solución de continuidad entre el texto *literario* y el texto que, por llamarlo de algún modo, califico ahora de *hidráulico* en Benet, aun dando por descontada la gran distancia que media de uno a otro. Ni son tan técnicos los textos técnicos –abarrotados de citas literarias (desde Ibn Zamrek hasta Antonio Machado, de Jorge Manrique a Lorca) y que vinculan cada río a un contenido simbólico o tradicional, en un recorrido por la orografía española desde el Bidasoa, *toda una leyenda de contrabandistas, princesas [...], pretendientes y desterrados*, hasta el Júcar, *ángel devastador que no obstante ser el mayor productor de cítricos del país no puede reprimir las expansiones de la naturaleza criminal que asoma de tanto en tanto*, *el Dr. Jekyll y Mr. Hyde de los ríos españoles*, y pasando por el Guadiana, *un río que no hubiera debido existir tal como es y por eso, acaso por vergüenza fluvial, de tanto en tanto se esconde* (“Breve noticia...”)– ni tan literarios los literarios que, como se ha visto, no dejen aflorar las asperidades de sus referentes naturales. Investigar esta literatura parece que debiera consistir entonces en partir en busca de ese punto que, como en los toponímicos que observa el propio Benet por toda la geografía española, podría llamarse Dos Ríos, Urbía o Urbión, nombres todos que señalan una de esas divisorias, punto o cabecera en el que brotan

las aguas que, aprovechando luego dos vertientes, irán conformando dos cuencas separadas, nacidas a ambas partes de una misma y tenue raya fronteriza.

Esta alternancia entre dos modos de ser del discurso benetiano parece tener bastante que ver, por lo demás, con cierta forma de pensar el mundo que le circunda. Ingeniero, no ignora por supuesto que el hombre es quien hace –o deshace, según en algún lugar parece apuntar: *el hombre [...] con su poco natural proceder hace inhabitable la naturaleza, transformando una natura naturata perfectamente estable y generativa, en una natura naturans salpicada de dificultades para la supervivencia*, escribe en “Política hidráulica”– la naturaleza. Pero no renuncia por ello a la idea de que la naturaleza hace al hombre. Hay culturas de secano, hay culturas de regadío; y hay tiempos en que la historia favorece los climas secos y soleados y otros, los modernos, en que triunfan las tierras y los países de abundantes lluvias, apunta Benet. Y si reconoce la existencia de una interacción entre hombre y naturaleza, lo que descubre al cabo, son unas identidades como nacidas de los amplios movimientos que, a lo largo de los milenios, han ido conformando, entre violentos esfuerzos, los relieves de los países y que surgen por lo tanto de la materialidad de sus suelos y de sus espacios. Lo dice en su artículo de *Agricultura y sociedad* de 1984; lo vuelve a decir y lo desarrolla en la “Breve noticia sobre los ríos en España” de 1986: *La constitución física de la Península Ibérica se puede resumir en la existencia de dos grandes cuencas, la atlántica y la mediterránea, que vierten a los dos mares que la circundan. Territorial, geológica, climatológica, edafológica, botánica e hidrográficamente consideradas, ambas cuencas son muy diferentes, tan diferentes que cabe decir que el sistema ibérico-bético no es otra cosa que el cordón de soldadura de dos países distintos*, repite a dos años de distancia; y, haciendo de esa divisoria algo así como la frontera física que une tanto como divide dos mundos espirituales, añade: *En el primero abundan las mesetas, las rocas hipogénicas y primarias, las llanuras miocenas, los cultivos de cereales y secanos; el clima es recio, la población distribuída preferentemente en apiñados caseríos muy separados entre sí [...], una mentalidad popular inclinada al respeto a la jerarquía y la conservación de su estatuto. En el segundo, predominan las rocas calizas y areniscas de dureza media, los cultivos de la huerta y los pequeños regadíos en un clima benigno, tan sólo asolado por el frío unas pocas semanas al año; la población está más repartida geográficamente y viste con más ligereza, la agricultura es más variada, la industria artesanal cunde por doquier y todo el país se organiza*

en torno a una concepción un tanto tribal de la existencia. (“Breve noticia...”, p.13). Del clima a los suelos, y de éstos a la cultura, para llegar al fin a la historia: tan es así que Benet, en estos textos, acaba inscribiendo el acontecimiento, tan germinal en su obra, de la guerra civil en una suerte de fatalidad –o tal vez convenga decir en accidente– geológica que, en una versión remozada de las dos Españas, ha contrapuesto dos países: *Se diría que la vocación atlántica de uno y la mediterránea del otro les han conducido, en diversos momentos de la historia, a los puntos más opuestos en un movimiento doblemente centrífugo*, observa en efecto Benet, que prosigue: *Cuencas diferentes y caracteres un tanto discrepantes que les ha llevado, con incómoda frecuencia, a mirar a puntos diferentes, a darse la espalda, a ignorarse recíprocamente y no saber el uno del otro más que, por así decirlo, lo establecido por la ley; un matrimonio unido por el código y tan separado por las costumbres que ni siquiera hablan de la misma manera. Un divortium aquarum que en trágicas ocasiones ha conducido al enfrentamiento bélico, como en el último y terrible conflicto en que se enredaron los españoles, que puso en armas a ambos países, separados por una divisoria no lejana a la de sus aguas y a lo largo de muchos kilómetros y días coincidente con ella.*

Ideológicamente, por así decirlo, no está tan apartada esta concepción de la que profesaban aquellos mismos teóricos del sociologismo literario del siglo pasado de que tanto reniega Benet. En la búsqueda de las determinaciones que conducen a la obra –en ese mismo proceso, pues, que Benet declaraba interesarle tan poco– Hypolite Taine formulaba su conocida doctrina sobre raza, momento y medio, antes de felicitar póstumamente a Stendhal por haber sabido indagar las causas fundamentales que conforman la sensibilidad de cada hombre y de cada pueblo, y que son *las nacionalidades, los climas y los temperamentos* (“Préface”, *Histoire de la littérature anglaise*, 1863). Ni que decir tiene que no se trata aquí del absurdo propósito de hacer de Benet un nuevo Taine finisecular. Tan sólo se trata de subrayar –dejando para otra ocasión un examen más ajustado– que en el novelista español están sin duda mucho más presentes de lo que parece y, en todo caso, de lo que él dice, las referencias a ese universo realístico-naturalista decimonónico que sugieren los nombres evocados de Zola, Taine o Galdós (curiosamente, no comenta Benet *La Regenta* de Clarín); y no, por supuesto, bajo el modo de la “influencia”, sino más bien del conflicto. Hay, en las declaraciones de Benet una agresividad contra ese legado que no creo se reduzca a no ser más que la manifestación coyuntural del debate histórico que entonces se

produce –el del realismo bajo el franquismo– sino que posiblemente se relacione con alguno de los principios fundamentales de su obra. Hay, pues, que considerar esta última desde esas mismas premisas de la agresividad, esto es, desde una retórica de la polémica. Dicho en otros términos: la obra de Benet puede –¿debe?– leerse como las sistemáticas puesta en cuestión y tentativa de arruinamiento de todos los postulados fundacionales de la narración clásica, lo que significa entonces descifrar, en medio del paisaje desolado de las guerras regionatas, las peripecias de esta batalla de cada instante a favor de la escritura que en ella se desarrolla y constituye su verdadero ser. Al fin y al cabo, formulado en el vocabulario de esa *textología* de la que tanto renegaba Benet, bajo el texto benetiano corre el paratexto de sus contramodelos realistas, como anverso de ese reverso. Estas novelas, en efecto, nacen como lucha organizada entre las dos caras de esa misma moneda y la batalla es, pues, su signo definitorio: por su tema (la guerra) como por su lema (la literatura).